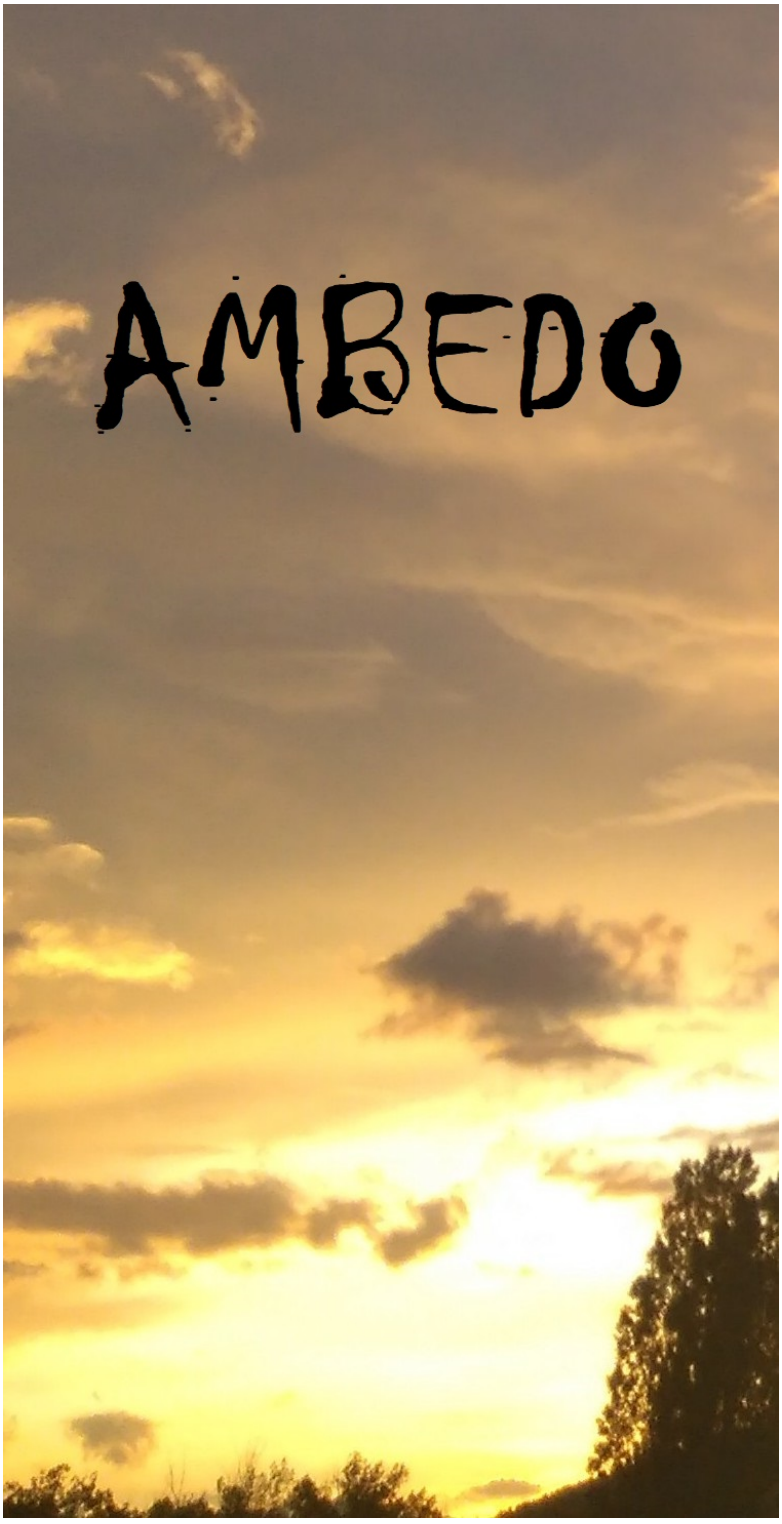
Ambedo

Rosana Pérez



Capítulo 1

Cierro los ojos e intento identificar qué sentimientos se apoderan de mi fuero interno en este preciso instante. Sin embargo, a pesar de intentarlo con todo el ahínco del que soy capaz, no logro descifrar qué emociones embargan mi interior.

¿Y si de lo que no soy capaz es de describirlas?

¿O quizá de lo que no soy capaz es de ponerles nombre?

Por eso dejo aquí una colección de pensamientos que difícilmente van a aparecer en un estado de ambedo. ¿O es en este en el que quedan patentes?

Capítulo 2

Pensamiento I: Velocidad

Si a día de hoy tengo una certeza absoluta esa es que tu pasión es la velocidad. Esa que te lleva a moverte como una hoja zarandeada por un viento de tormenta. Esa que caracteriza también tu forma de relacionarte. La que te empuja a actuar de una forma tan arrolladora que nos deja sin capacidad de reacción a cuántos te rodeamos.

Pero en el momento del *sprint* final, cuando aparentemente tienes el pódium al alcance de tu mano, esta velocidad se reduce bruscamente, de un modo incomprensible. Hasta que al final llegue el momento en el que te pares, porque la carrera se torna interminable. En ocasiones me recuerdas al conductor novel, que al reducir la velocidad de sexta pasa, por error, a tercera, ¿escuchas el rugir del automóvil en el preciso instante de levantar el pie del embrague? Sólo que tú, en lugar de tercera metes primera directamente. De ciento ochenta a cero en un nanosegundo. Sin darme tiempo tan siquiera de parpadear. ¿Eres capaz de imaginar cuál es mi sentir en ese preciso instante? ¿Puedes intuir la infinidad de preguntas que se agolpan en mi mente? Esas que aparecen a la misma velocidad a la que tú te encontrabas tan sólo un suspiro antes.

Este cambio de marchas provoca en mí un cambio de actitud. Meter marcha atrás inmediatamente, de una forma tan natural e instintiva como el inspirar al respirar. Y así volvemos a empezar.

Con unos miedos rotos, con otros miedos nuevos.

Más cercanos, pero más distantes. ¿O más bien sería a la inversa?

Con el corazón dolido, pero a la vez más fuerte. Aunque indudablemente contigo más presente.

Y lo temo. Lo temo porque a pesar de tener la certeza de que ambos romperemos la caja de cambios estamos cada vez más cerca.

Capítulo 3

Pensamiento II: Reflexiones de vida

La vida. Ese concepto tan amplio a la par que ambiguo. Esa de la que muchos dicen que sólo hay una. Esa que los cristianos creen que prosigue más allá de la muerte. Esa que para los egipcios era un ciclo fluido de armonía cósmica. Esa que para los aztecas era una reflejo de la necesidad de renovación que presenta el mundo. Esa vida que, como ha tomado por eslogan el mundo del toro tras la muerte de Víctor Barrio, "la viven los cobardes y la disfrutan los valientes".

Pero, a pesar de las diferentes perspectivas y la ambigüedad que rodean a este concepto, si hay algo claro en torno a él es que hablar de vida supone hablar de evolución. Una evolución que en sus primeras etapas supone una adquisición de competencias, la vivencia de experiencias. En definitiva, el desarrollo de una personalidad, que se deriva de estas experiencias. El niño crece, el niño juega, el niño da paso al adolescente, que en un parpadeo es un adulto joven. Una persona con proyectos, con sus expectativas de vida, que busca un nuevo reto. Que construye su vida fijando nuevas metas que alcanzar cada vez que logra un propósito.

Pero sin saber cómo, llega un momento en el que se alcanza un punto de inflexión. Ese punto en el que ya no se adquieren nuevas competencias. Un momento en el que no sólo se deja de crecer, sino que se involuciona. Es en ese preciso instante en el que se pierden los proyectos, en el que el sentir de la vida abandona lentamente el cuerpo. Es esa etapa en la que la muerte acecha, de forma sigilosa, pero siendo cada vez más evidente. Aunque tal es su sigilo y tan grande la naturaleza humana que es imposible adelantar cuánto tiempo durará la agonía, ni cómo de intenso será el sufrimiento. Es un momento en el que sólo se puede esperar.

Esperar…

Y en el que aparecen las cuestiones más remotas del sentido de la vida.

Capítulo 4

Pensamiento III: Respirar tranquilidad

Respirar. Un aire tan puro como gélido cala en mis entrañas a cada inspiración que me siento obligada a realizar. Un oxígeno cortante y tan pesado como el acero recorre cada una de mis células mientras estoy aquí.

Tranquilidad. Ese sentimiento que inunda todo mi ser cuando cierro los ojos en este lugar. Aquí, donde el silencio es el único sonido que perciben mis oídos.

Un sonido que solamente es roto por el silbar de ese viento gélido y cortante.

Estar aquí me otorga la posibilidad de respirar tranquilidad.

Sé que en el momento en el que me decida a abrir los ojos tendré la posibilidad de vislumbrarte en todo tu esplendor. Es una imagen que he visualizado tantas veces que no tengo la necesidad de abrir los ojos para poder contemplarla de nuevo. Ahora cubierta de un aura invernal.

Sin embargo, también soy consciente de que es tal el esfuerzo que conlleva llegar hasta aquí en este momento que somos pocos los privilegiados que podemos disfrutar de toda tu magnificencia.

Abro los ojos y se despliega ante mi mirada una estampa puramente invernal. En el horizonte, e independientemente del punto cardinal hacia el que dirija mi vista, las cumbres se encuentran cubiertas de nieve. Conforme voy acercando mi mirada hacia el punto en el que me encuentro soy capaz de distinguir esa manta de vegetación que habitualmente cubre estas montañas y que ahora luce blanca. Y en el centro de esta estampa puedo ver, tan diminutas como si fueran hormigas desde esta distancia, cada una de tus casas presididas por esa imponente iglesia barroca. Esa que denota que tu pasado es tan diferente de tu presente.

Sin embargo, esta estampa tan majestuosa me ofrece un panorama desolador en el instante en el que miro con detenimiento cada una de las chimeneas que reflejan vida en un hogar. Son tan escasas las columnas de humo que se alcanzan a apreciar que empiezo a calcular. Pero estas cuentas desvían mi pensamientos, si bien en la misma dirección. Soy consciente de que cuando pasee por tus calles la capa blanca que las cubre amortiguará mis pasos, eliminando cualquir posibilidad de somper el silencio que las inunda. Soy consciente de que en esas callejuelas estrechas ya no quedan niños jugando con la nieve. Esos niños que tampoco serán los creadores de maravillosos muñecos y ángeles de

nieve que decoren la imagen.

Entonces, si los niños son el futuro, ¿qué hay de tu futuro? ¿qué hay de nuestro futuro?

Capítulo 5

Pensamiento IV: Quebranto

Nunca pensé que pudiera ser tan doloroso.
Si sólo éramos conocidos.
Si sólo éramos compañeros.
Si sólo eras esa persona con la que hablaba todos los días.
Si sólo eras la última persona en la que pensaba cuando me iba a dormir y la primera en la que pensaba en el mismo momento en el que abría los ojos al despertar.
Si no eras nadie para mí.

O eso creía yo.
O al menos eso era lo que yo quería creer.

Pero ahora te doy por desaparecido. Ahora soy plenamente consciente de que nuestra relación, que nunca llegó a ser ubicada en una determinada clasificación, ha llegado a su fin.
Ahora es cuando siento esa presión tan fuerte sobre mi pecho que me oprime la respiración.
Ahora es cuando las lágrimas brotan de mis ojos en un torrente incontrolable.
Ahora es cuando me recuerdo a mí misma la firme promesa que me hice de no llorar jamás por ti.
Ahora es cuando me vienen a la cabeza esos fríos pensamientos que giraban en torno a la idea de no permitirme sentir lo que siento por ti.
Ahora es cuando vuelven a mi conciencia esos miedos que ya me bombardeaban cuando todo esto empezó. Si ya en ese momento tenía la seguridad de que no era una buena alternativa dejarme llevar y comenzar a sentir algo más por ti. Pero no sé cómo lograste penetrar en lo más profundo de mi corazón, para resquebrajarlo en millones de pedacitos fríamente y desde lo más profundo.

No consigo entender en qué momento tú cobraste tanta importancia para mí.
No entiendo cómo pude dejar que llegaras a ser tan doloroso para mí.
No entiendo cómo pude permitir que calaras en mis entrañas.
No entiendo cómo puedo estar sufriendo por ti.

Ahora no creo, ahora tengo la certeza, de entender que me enamoré de alguien que no era nadie para mí. De esa persona tan insignificante para mi corazón con la que soñaré despierta de nuevo en el preciso instante en que cierre mis párpados y cuya voz escucharé como si me susurrase al oído el más bello poema.

Capítulo 6

Pensamiento V: Razón o emoción

Siento la calidez húmeda de una lágrima resbalar por mi rostro. Es esa la única lágrima valiente capaz de aflorar tímidamente de mis ojos vidriosos. Esa racionalidad que ha representado siempre mi carácter impide que el resto de sus compañeras broten al unísono. El dolor inunda mi pecho, pero no puedo permitirme el lujo de que alguien más lo perciba.

No. Jamás reconoceré que eres el responsable de esa sensación de vacío que se ha instalado en mi organismo en este preciso instante. Evidentemente, no seré capaz de reconocerlo porque se escapa de cualquier explicación racional y, por supuesto, aquello que no se puede explicar desde la razón, no existe. A pesar de esta idea, todavía desequilibra más mis sentimientos ser consciente de que este mismo pensamiento puede cruzar fugazmente también por tu cabeza.

Sí. Sé perfectamente que esa racionalidad compartida me precipitó sin retorno a la irracionalidad.

¿Cómo puedes ser tan idiota? Esta es la pregunta que no me permite respirar. La que bombardea insistentemente mi cabeza al borde de la explosión.

¿Acaso no lo veías venir? Esta la advierte la racionalidad que se dejó vencer por la irracionalidad durante unos breves instantes. ¡Malditos esos instantes! ¿O quizá fuesen todo lo contrario? Esa racionalidad que vuelve a ganar terreno progresivamente permite observar desde otra perspectiva, aunque como es lógico tratando de medir emociones... Si hablamos en términos comparativos, ¿qué merece realmente la pena? Las posibilidades de éxito frente a las de fracaso, ¿son lo suficientemente altas como para que el riesgo sea aceptable?

No, es evidente que la razón no tiene cabida allá donde dictamina el corazón.